

LA SITUACIÓN COMO CAMPO ÉTICO *

Al entrar en el espacio ético entramos en un campo filosófico y científicamente virgen. La tesis de que el nivel ético es sólo un nivel integrante superior sobre las “demás ciencias” y de que es diferente de los demás reinos de existencia sólo en grado, no en clase, es una tesis relativamente moderna. La continuidad entre las disciplinas científicas y la disciplina ética, que corresponde a una continuidad entre los reinos científico y ético, no pudo ser destacada antes, debido a que todo el desarrollo de la ciencia moderna se caracterizó por una lucha —a menudo trágica y dramática, como en el caso de Galileo— contra los juicios de valor, los cuales, con toda justicia, deseaba el científico mantener alejados de su dominio descriptivo. Cuanto más “científica” se hacía la ciencia, tanto más tenía que destacar los “hechos escuetos” y tanto menos podía tolerar las ideas o las corrientes de pensamiento “no factuales” dentro de su dominio. Para el hombre de las cavernas o el salvaje, la totalidad de la naturaleza era un laberinto de fuerzas místicas en las cuales estaba enmarañado y que actuaban sobre él para bien o para mal. La naturaleza era como un ser humano primitivo, una contraparte del hombre primitivo que trataba de encontrar su tortuoso trayecto a través del laberinto de tótems y tabúes. Todavía entre nosotros se encuentra bastante de ese humano primitivo y su naturaleza, a menudo sublimado y simbolizado, como en los clubes de los “Elks” y los “Leones”, a menudo surgiendo bruscamente en nuestras vidas civilizadas, como en los numerosos tabúes, *verboten*s de nuestra sociedad. De hecho, cuanto más ascendemos en la escala del ser, tanto más contiene el marco de referencia pertinente, la “ciencia”, residuos primitivos como elementos legítimos; la mayor parte de ellos se encuentra en el marco más elevado, el social; mientras que cuanto más bajo descendemos, tanto más “moderna”, más purificada de tales conceptos humanos primitivos, está la ciencia, hasta que en la ciencia física tenemos una ciencia pura gobernada por fórmulas matemáticas, donde hasta el error está definido matemáticamente. Así, pues, si bien el *status* de la ciencia se puede medir positivamente por su aproximación a la forma matemática, se puede medir negativamente por su distancia de residuos humanos prístinos.

Podemos llamar a toda sociedad salvaje una sociedad ética en un nivel primitivo. El hombre primitivo era un hombre primitivamente *ético*, y la totalidad de su naturaleza, tanto el intelecto como la emoción, estaba soldada en una unidad primitivamente ética. La primera sociedad ética, aunque estática,¹ se desarrolló gradualmente a través de la emancipación del intelecto

* Este trabajo es parte de una obra mayor de próxima publicación, *La situación moral*.

¹ Bergson, Henri, *The Two Sources of Morality and Religion*, Nueva York, 1935, caps. I y II.

desde aquella unidad primitiva hasta llegar a la dinámica sociedad tecnológica de nuestros días. El intelecto del hombre se hizo dinámicamente moderno,² el resto de su personalidad permaneció en el nivel primitivo hasta tal punto que en nuestros días una sociedad tecnológica, Alemania, pudo practicar una moral primitiva con la ayuda de la tecnología moderna. Toda la tendencia del desarrollo "humano" fue un desarrollo *intelectual*, una liberación del intelecto de sus amarres humanos. Pese a que ese desarrollo no podría tener sino brillantes resultados intelectuales, ello hubo de conducir a una tensión mortal entre el residuo humano no desarrollado y el intelecto humano desarrollado, una tensión que finalmente se desató en la catástrofe de dos guerras mundiales. Más desatado que emancipado, el intelecto creó los monstruos tecnológicos que, como Frankenstein, se lanzaron contra el propio hombre. Así, pues, el naturalismo, la justificación de ese vuelo del intelecto hacia los secretos de la naturaleza y la hipostatización de ella en la verdad única,³ ha encontrado su culminación práctica en un nihilismo que lo destruye todo. El desarrollo de la ciencia, que comenzó en Bacon y Galileo con grandes esperanzas de beneficio utópico para toda la humanidad, culminó en los tiempos de Darwin y Einstein en un periodo de cien años de guerra. El deseo originalmente justificado de la mente científica de mantener lo ético alejado de su reino, casi terminó en la destrucción de la humanidad por la ciencia.

Este desarrollo paradójico ha conducido en los últimos cuarenta años a un renacimiento de la ética. Por una parte, en la teoría darwiniana de la selección natural y la supervivencia del más fuerte, el contexto amoral de la ciencia había parecido casi antimoral, en el universo einsteniano la propia existencia parecía haberse restringido a líneas geométricas; por otra parte, el hombre, un átomo del azar, debilitado en la ciencia, llegó también a estar físicamente perdido y debilitado en sucesivas catástrofes sociales. En estas condiciones, era "natural" que el hombre retomase el hilo largamente extraviado y tratase de tornar su pensamiento hacia el otro lado, el lado no intelectual de su ser, que había dejado en el nivel ético primitivo. Recordó de nuevo la unidad de toda la naturaleza, su moralidad primitiva original que, metafísica-

² Sobre esa modernidad intelectual, véase Thomas Mannen, "The Suffering and Greatness of Richard Wagner", *Freud, Goethe, Wagner*, Nueva York, 1937, p. 205.

³ Hocking, William E., *Types of Philosophy*, ed. revisada, Nueva York, 1939, pp. 40 ss.: "En un sentido literal, podemos definir la naturaleza como la suma de cosas y acontecimientos en un solo espacio y tiempo, sujetos a un solo sistema de leyes causales. El naturalismo es el tipo de filosofía que considera la naturaleza, en este sentido, como el conjunto de la realidad... Niega la existencia de cualquier cosa fuera de la naturaleza, detrás de ella o distinta de la naturaleza, como lo supernatural o ultraterrenal, o cualquier intrusión no anunciada en este sistema de nueva energía o nueva sustancia, creación nueva o antigua, comienzo espontáneo o 'accidente' en un sentido literal." Irónicamente, Dewey, que ha visto los peligros de tal hipostatización (*Logic*, p. 215) se considera, sin embargo, un naturalista.

mente teñida, persistió en la pseudo-ciencia desde los días de Aristóteles hasta la Edad Media, y en nombre de la cual muchos hombres genuinamente científicos fueron sacrificados en la hoguera. Recordó los verdaderos valores éticos en la ciencia y descubrió la paradoja de su propia posición científica, que repudiaba los valores, pero actuaba éticamente.⁴ Ayres reconoció la fatal medianía de la evolución y recordó, junto con el nombre de Darwin, el del príncipe Kropotkin, paradójico noble que fue anarquista, hombre de ciencia, moralista y antidarwinista creador. Hasta comenzó a ver la obra de Einstein en su verdadera perspectiva y a pensar en sí mismo más como hombre que como una intersección de lineamientos mundiales.

Así, pues, la edad de la confusión va gradualmente a su ocaso y amanece la nueva edad, una edad que mirará a la nuestra "completamente perpleja",⁵ como las dos mujeres de la caricatura de Thurber, quienes contemplan a un hombre triste sentado fuera del grupo y dicen: "No conoce más que hechos". Por consiguiente, el científico clásico está pasado de moda hoy día, sentado a distancia de la sociedad. El nuevo científico deberá entrar en nuevos reinos; una vez explorado el espacio geográfico y construidos nuevos espacios científicos, deberá descubrirse el espacio ético.

La espacialidad ética

Cuando decimos que el reino ético es diferente de los demás reinos de existencia, sólo en grado y no en clase, y que la disciplina ética es una continuación de las "otras disciplinas científicas", debemos definir lo que queremos decir con "diferente" y "continuación". Nuestro análisis de campo será de ayuda para otros con tal propósito. La primera característica (a) nos ayudará a definir el primer punto.

"La verdadera labor de la investigación científica —dijo Zawardowsky—⁶ no es la violenta identificación de lo biológico y lo físico, sino el descubrimiento de los principios reguladores cualitativamente específicos que caracterizan los rasgos principales de todo fenómeno, y el hallar los métodos de investigación apropiados para los fenómenos que se estudien... Es necesario renunciar tanto a la reducción simplificada de algunas ciencias a otras, como también a las rígidas demarcaciones entre las ciencias físicas, biológicas y socio-históricas... Los fenómenos biológicos, históricamente conectados con los fenómenos físicos en la naturaleza inorgánica, son, sin embargo, no sólo reducibles a leyes físico-químicas o mecánicas, sino que dentro de sus propios

⁴ Cf. Kohler, Wolfgang, "Fact and Value", *Journal of Philosophy*, XLI, núm. 8, 13 de abril de 1944, pp. 198 ss. Cf. Roberts, William, *The Problem of Choice*, Boston, 1941, p. 168.

⁵ Kohler, *ibid.*, p. 199.

⁶ "The Physical and the Biological in the Process of Organic Evolution", *Science at the Cross Roads*, Londres, 1931. Cf. Needham, Joseph, *Integrative Levels: A Reevaluation of the Idea of Progress*, Oxford, 1937, p. 17.

límites como procesos biológicos, muestran leyes diferentes⁷ y cualitativamente precisas. Pero las ciencias biológicas no pierden así, en lo más mínimo, su cualidad y cognoscibilidad materiales, requiriendo en cada caso solamente métodos de investigación apropiados a los fenómenos que se estudien...” “O, en otras palabras, el orden biológico es tanto comprensible como diferente del orden orgánico.”⁸ Por consiguiente, toda ciencia es una estructura en sí misma y al mismo tiempo está conectada con todas las demás ciencias. “No basta que una ciencia edifique conforme a principios, esto es, técnicamente, sino que se debe trabajar en ella como en un edificio auto-existente arquitectónicamente, y no tratarla como un anexo o parte de otro edificio, sino como un todo en sí misma, aun cuando inmediatamente después se puedan construir transiciones del uno al otro y mutuamente.”⁹

Al tratar de determinar el “espacio ético” debemos encontrar tanto puntos de diferencia como de conexión entre los espacios ético y científico. En esta sección determinaremos los puntos de diferencia, en la próxima los de conexión.

Lo ético debe tener características precisas que lo distinguan de las ciencias. ¿Cuáles son?

El campo ideal físico de las ciencias

En el prefacio a la segunda edición de la *Critica de la razón pura*, Kant habla de la revolución intelectual —“mucho más importante que el descubrimiento del paso alrededor del Cabo de Buena Esperanza”— que marcó el comienzo del pensar científico, velada en la niebla del pasado como la invención de la rueda, el medio omnipresente del proceso físico.

“Una nueva luz relampagueó en la mente del primer hombre (ya fuese Tales o cualquier otro) que demostró las propiedades del triángulo isósceles. El verdadero método —así lo descubrió— no era investigar lo que discernía, ya fuera en la figura o en su concepto escueto, y de ahí derivar sus propiedades; sino sacar a luz lo que estuviera necesariamente implícito en los conceptos que él mismo había formado *a priori* y había puesto dentro de la figura en la construcción mediante la cual se la presentaba a sí mismo. Si ha de saber algo con certeza *a priori*, no deberá atribuir a la figura nada que no sea lo que necesariamente se sigue de lo que él mismo puso dentro de ella de acuerdo con su concepto.

“La ciencia natural se tomó mucho más tiempo para entrar por el camino de la ciencia. De hecho, hace solamente alrededor de un siglo y medio que Bacon, mediante sus ingeniosas propuestas, inició parcialmente este descubrimiento y en parte inspiró nuevo vigor a aquellos que ya se encontraban

⁷ La versión del texto que da Needham. Véase su nota *ibid.*

⁸ Needham, *op. cit.*, p. 18.

⁹ Kant, *Urteilkraft*, § 68.

en camino hacia él. En este caso, el descubrimiento se puede explicar también como el resultado súbito de una revolución intelectual. En mis observaciones actuales me refiero a la ciencia natural sólo en la medida en que se funda en principios *empíricos*.

"Cuando Galileo hizo que unas bolas, cuyo peso él mismo había determinado previamente, rodaran por un plano inclinado; cuando Torricelli hizo que el aire llevase un peso que él había calculado de antemano como igual al de una columna precisa de agua; cuando Stahl cambió un metal en cal, y de nuevo la cal en metal, mediante el retiro de algo que luego restauró, una luz se hizo para todos los estudiantes de la naturaleza. Aprendieron que la razón tiene penetración sólo en aquello que produce tras un plan propio, y que no se le debe permitir limitarse, como si dijéramos, los frenos de la naturaleza, sino que ella misma debe mostrar el camino con principios de juicio basados en leyes fijas, forzando a la naturaleza a dar respuestas a preguntas determinadas por la propia razón."¹⁰

Hemos citado este famoso pasaje en toda su extensión, pues resulta de la mayor importancia para nuestra comprensión de la relación de la ética con las otras ciencias. Todo descubrimiento científico se ha producido mediante adivinación y predicción, mediante anticipación de resultados que debían ser confirmados más no creados por la naturaleza. El creador es el científico: creador de ideas en cuanto teorías y de condiciones en cuanto a experimentos. La teoría y el experimento se unen en la superior unidad del *hecho* científico, cuando la teoría es confirmada por el experimento. No hay un hecho científico que no haya sido creado por una idea,¹¹ y no hay idea científicamente válida que no haya sido confirmada como tal mediante un experimento. El experimento confirma su validez, y con ello su *valor* para la ciencia. El entrelazamiento dialéctico de lo ideal y lo físico es la condición primera y fundamental de la ciencia. Es la condición del progreso científico.

En ese progreso, el experimento y la teoría son etapas sucesivas, la una

¹⁰ B XIX-XIII.

¹¹ "Un científico sostiene comúnmente que basa sus creencias en observaciones, no en teorías. Las teorías, se dice, son útiles para sugerir nuevas ideas y nuevas líneas de investigación para el experimentador; pero los 'hechos concretos' son la única base adecuada para llegar a conclusiones. Yo nunca me he encontrado con nadie que lleve esta convicción a la práctica, y menos que nadie el experimentalista terco que se deja arrastrar por sus teorías tanto más cuanto menos acostumbrado está a someterlas a escrutinio. La observación no basta. No damos crédito a nuestros ojos a menos que primero estemos convencidos de que lo que parecen decirnos es creíble.

"Es mejor admitir francamente que la teoría tiene, y tiene derecho a tener, un papel importante en la determinación de la creencia. Para el lector decidido a eludir la teoría y admitir solamente los hechos observacionales definidos, todos los libros astronómicos son cosa prohibida. No existen hechos puramente observacionales en lo tocante a los cuerpos celestes. Las medidas astronómicas son, sin excepción, mediciones de fenómenos que ocurren en un observatorio o estación terrestres; sólo por medio de la teoría se traducen a conocimiento de un universo exterior." (Eddington, Sir Arthur, *The Expanding Universe*, Cambridge, 1933, p. 14.)

conduce a la otra, no sólo en la mente del científico, sino también entre los científicos. Tanto el experimento como la teoría señalan hacia posibilidades ulteriores que se anticipan y por consiguiente se prueban. El más bello ejemplo de tal anticipación, de interacción creadora de teoría y experimento, es el progreso de la convicción de Faraday sobre la posibilidad de la inducción electromagnética al descubrimiento hecho por Hertz de las ondas de Maxwell, un proceso de interacción ideal física que condujo a la completa transformación de la vida en este globo y a la virtual omnipresencia mental y física del hombre por la radio, el radar y la televisión. Faraday hizo sus famosos experimentos de 1831, los cuales probaron la interacción del magnetismo y la electricidad, tras años de fracasos en los que, sin embargo, nunca le abandonó la convicción de que tal interacción mutua tenía que existir. Sobre la base de sus experimentos, Maxwell elaboró la teoría matemática del electromagnetismo, que culminó en la predicción de las ondas electromagnéticas, propagadas con la velocidad de la luz. Basándose en esa teoría, Hertz descubrió realmente las ondas en 1888. Tomando como punto de partida los descubrimientos de Hertz, Marconi desarrolló la industria de la radio.

No sólo las ideas y teorías correctas conducen al progreso en la ciencia, sino también ideas y teorías erróneas, ya que la ciencia se mueve hacia adelante no sólo aprobando sino también desaprobando experimentos. Tales ideas erróneas no tienen, pues, para la ciencia, un valor productivo, sino heurístico. El progreso procede dialécticamente no sólo *de acuerdo con* las ideas, sino también *contra* las ideas desaprobadas mediante experimento. De hecho, cuanto más crítica es una situación, tanto más precisa es la discrepancia entre la teoría y la práctica y tanto mayor será el progreso que resulte cuando las discrepancias se hayan resuelto. Así, pues, las situaciones científicas críticas de los comienzos del siglo en las esferas macrocósmicas y microcósmicas fueron resueltas por las teorías de los quanta y la relatividad respectivamente, los dos progresos científicos más formidables que jamás se hayan realizado, abriendo un nuevo cosmos ideal y físico.

La razón por la cual el experimento y la teoría pueden, por consiguiente, interactuar en la ciencia, es el hecho de que ambos son operacional —si no esencialmente— idénticos. Tanto el experimentador como el teorizador especulan y experimentan. El experimentador especula acerca de los órdenes materiales, el teorizador experimenta con ideas.¹² El *Gedankenexperiment*, como le llama Planck,¹³ el “pensamiento-experimento”, pura especulación, es tan importante para el resultado final como el experimento físico. Dos de

¹² Cf. los planteamientos de Kramer en la Conferencia de Físicos efectuada en Varsovia, en *New Theories in Physics*, París, 1938, p. 98; Planck, Max, *Die Physik im Kampf um die Weltanschauung*, Leipzig, 1935, p. 20; Born, Max, *The Restless Universe*, Londres, 1935, p. 50; Mach, Ernst, *Erkenntnis und Irrtum*, Leipzig, 1905, pp. 180 ss.; Hartmann, M. y Gerlach, W., *Naturwissenschaftliche Erkenntnis und ihre Methoden*, Berlín, 1937, pp. 24 ss. et pass.

¹³ *Ibid.*

las teorías más especulativas, la teoría especial y general de la relatividad de Einstein y la teoría de la naturaleza de la estructura y radiación atómicas de Bohr, contenían más realidad física que cualesquiera teorías previas. No eran fantasías accidentales, seguían una lógica a la cual la propia naturaleza respondía de manera rapidísima. Aunque inventadas para las soluciones de problemas experimentales particulares, manifestaban una universalidad tan dinámica que gradualmente se fueron incluyendo en ellas más y más fenómenos problemáticos, hasta que finalmente una vasta región de la ciencia física cayó bajo su control. Su "dinámico ingenio" sobrepasó aun al de los ingeniosos hombres que por primera vez la adelantaron; se convirtieron en organismos vivientes, sobrehumanos, partes integrales de la propia naturaleza." ¹⁴ No sólo resolvieron en explicación el campo de tensión que existía antes de su llegada, sino que también establecieron, mediante su arrojó especulativo, una gran tensión nueva y atrajeron el vasto cúmulo de fenómenos físicos no coordinados y desordenados hacia su captación ordenadora. La idea estableció un campo cuyo otro polo eran los fenómenos físicos tal como se observan, un *campo de ciencia ideal-físico*. Su energía fue suministrada por la intuición de los científicos, quienes, para explicar fenómenos limitados, hicieron suposiciones que por el momento resultaron completamente incomprensibles y sólo fueron aceptadas de manera heurística, como solucionadoras de los problemas que se tenía en la mano, como principios regulativos mas no constitutivos. Sólo cuando la totalidad del campo se estructuró conforme a ellos, se descubrió que en realidad habían sido sus "principios constitutivos", la fuente de su energía ordenadora.

Así, pues, al "formar hipótesis", al erigir un marco de referencia para los fenómenos, el científico establece un sistema de energía que ordena a todo el reino.¹⁵ Esta energía es la de los pensamientos y las ideas, una energía ideal contrapuesta a una energía desordenadora. Lo que dice Kant en el pasaje citado es, en otras palabras, lo que nosotros habíamos dicho en relación con la naturaleza del procedimiento científico. Si bien arriba habíamos destacado el carácter *espacial* de la energía ideal, ahora nos ocupa su carácter *ideal* como tal y su facultad para anticipar resultados. Así, pues, encontraremos en realidad la solución para la espacialidad de la energía ideal: es ideal mediante su capacidad para establecer campos y por ello. Toda ciencia es un campo ideal-físico establecido por energía ideal en polaridad con ciertos fenómenos físicos.

Si bien las ciencias desde la física a la sociología, la astronomía y la cosmología, se ocupan de estos campos como existentes y describen los fenómenos en ellos conforme a sus leyes, debe haber una ciencia que se ocupe de los

¹⁴ Hopf, Ludwig, *Material und Strahlung*, Berlín, 1936, p. 99.

¹⁵ Cf. Werkmeister, W. H., *A Philosophy of Science*, Nueva York, 1940, pp. 516 ss. *et passim*.

campos no como marcos de referencia ya listos, sino como convirtiéndose en estructuras, como marcos potenciales. Tal ciencia describiría los fenómenos no como son sino como *debieran ser* de acuerdo con distintos marcos. No se ocuparía de la colocación de fenómenos *en* los marcos, sino de su colocación *dentro* de los marcos. Sería la ciencia integradora, mas una ciencia que no mirase hacia atrás, ni al presente, sino que penetrase el futuro. No se ocuparía de los marcos de campo en tanto que transformadores de presente o cinéticos, ni de energía pasada o de trabajo, sino en tanto que contenedores de energía futura o potencial. Todas estas cosas y fenómenos quedarían integrados en un patrón de energía potencial. Esta ciencia integradora sería la ciencia de todas las cosas en tanto que fenómenos potenciales de campo. Tal es la ciencia de la ética.

Así, pues, se abre ante nosotros una vista de las ciencias como campos conforme a las tres formas de energía, presente, pasada y futura.¹⁶ Los campos de energía presente o cinética son los campos de las ciencias descriptivas, las ciencias propiamente dichas, en la terminología actual. Todos estos campos pueden combinarse en el único campo científico de fenómenos como transformaciones de la energía cinética. El segundo gran campo es el de los fenómenos como energías pasadas. Debe ser tan comprensivo como el comprensivo campo cinético y abarcar todos los niveles de existencia de la misma manera que lo hace éste. Éste es el campo de la historia. Y en tercer lugar, está el comprensivo campo de los fenómenos como energías potenciales, campo que también atraviesa todos los niveles de existencia, comprendiéndolos a todos, el campo de la ética. Por consiguiente, las Ciencias, la Historia y la Ética son los tres campos comprensivos ideal-físicos de la futura Ciencia Mayor, cada uno de ellos con sus propias leyes, cada uno integrador y comprensivo de todos los niveles. Al presente sólo existe el campo de las Ciencias, y aun éste no está coordinado ni lo estará por algún tiempo. Pero aun cuando todas las ciencias estén integradas —y nuestra época posiblemente sea aquella en la que se realice esta tarea¹⁷— solamente se habrá logrado una tercera parte de la gigantesca labor de integrar el campo de la Ciencia Mayor. Apenas si se ha iniciado el reconocimiento de lo ético como un campo paralelo a la ciencia en toda su extensión, aunque en otra modalidad, la futura. Tampoco se ha iniciado el reconocimiento correspondiente de la Historia como un campo igualmente comprensivo en la modalidad pasada.

Las investigaciones científicas e históricas ya se encuentran en camino de considerar sus fenómenos como transformaciones de energía y resultados de energía respectivamente, pese a que aún queda una gran cantidad de trabajo por hacerse. La tarea acaso se vea auxiliada por el reconocimiento del

¹⁶ Cf. Lundberg, George A., *Foundations of Sociology*, Nueva York, 1939, p. 236.

¹⁷ Hartmann-Gerlach, *Naturwissenschaftliche Erkenntnis und ihre Methoden*, Berlín, 1937, p. 69.

carácter general de la ciencia y la historia como campos de energía cinética y del trabajo realizado respectivamente, y es probable que aparezcan ángulos interesantes en cualquiera de las dos ciencias una vez que se las trate desde este punto de vista. Los fenómenos científicos podrían oponerse a los fenómenos históricos en tanto que fenómenos de existencia presente que se enfrentan a fenómenos de existencia pasada, y los contenidos de energía podrían compararse con aquellos que existen en una verdadera transformación de energía en contraposición a uno que es resultado de una larga transformación consumada. Lo que la ciencia física ha hecho ya —ha incorporado al “observador” en la materia que trata y los considera a ambos como un campo— tendrá que hacerlo la historia, esto es, incorporar al historiador en la materia que trata y considerar a ambos como un campo. Ya se han dado algunos pasos iniciales¹⁸ en esta dirección. Pero aún no han conducido a una estructura de ciencia histórica comparable a la de las ciencias propiamente dichas, en particular la ciencia física.

Para la ética no es una idea nueva el hecho de que es el reino del deber ser. Pero el tratamiento del deber ser como un campo de energía potencial, en correspondencia con las energías de campo de las ciencias y la historia, apenas si ha empezado. En este estudio sólo se pueden ofrecer bosquejos, que deben considerarse como una especie de prolegómenos a una futura Ética de Campo. La estructuración ulterior del espacio ético no sería un *acercamiento* campo-teórico de la ética, sino una estructuración campo-teórica completa de toda la ética. La tarea se debe dejar al futuro. Pero ya se pueden discernir vagamente los perfiles de esa nueva visión de la ética. Abstrae de todos los fenómenos aquello que es potencial en ellos. Así, pues, el crecimiento, en tanto que dimensión de lo potencial, se convierte en la categoría ética.¹⁹ En este respecto, la disciplina ética llega a ser de hecho la continuación de las ciencias. Su reino son todos los fenómenos, cualesquiera que éstos sean; cualquier situación se hace ética cuando surge la cuestión de su colocación, del marco de referencia que se “ajuste” a ella. La ética se convierte en la disciplina del ajuste. Dado que todos los fenómenos son manifestaciones de energía y que la ética se ocupa de lo potencial en ellos, ésta es la ciencia de las energías potenciales. Toda vez que se ocupa del origen más bien que de la existencia de situaciones y estructuras, tiene que concentrarse en lo ideal antes que en lo espacial, en lo dinámico mejor que en lo estático, y así llegar a ser la disciplina de la dinámica ideal o la idealidad dinámica. Finalmente, ya que es la disciplina integradora de lo potencial correspondiente a la aún no existente ciencia universal como la disciplina integradora de la estructura existente y la similarmente no existente de la historia

¹⁸ Cf. Zucker, Morris, *The Philosophy of American History*, Nueva York, 1945, donde, sin embargo, el campo histórico no es entendido en la forma que lo entendemos nosotros.

¹⁹ Cf. John L. Childs, “The Educational Philosophy of John Dewey”, *The Philosophy of John Dewey*, Paul Arthur Schilpp, ed., Evanston, 1933, p. 434.

en tanto que disciplina integradora de lo existido, se presentará como la verdadera culminación de las ciencias en una forma que jamás han logrado la historia, la mirada retrospectiva, ni la ciencia, que describe lo momentáneo. A medida que entremos en el reino ético, estos vagos bosquejos irán asumiendo contornos más definidos.

El campo ideal-real de la ética

La diferencia entre los marcos de referencia ético y social queda, pues, para ser determinada de una manera mucho más definida que la diferencia entre, digamos, las estructuras física y biológica. El marco ético contiene todo aquello que es potencial en el marco social. Asimismo, cuanto sea potencial en el campo social pertenece *como tal*, no al marco de referencia social, sino al ético, ya que lo social, como ciencia, se ocupa de los fenómenos que son. Los fenómenos que no son, pero que *aún han de ser*, son potenciales e indeterminados, y no pertenecen ni al marco social ni a ningún otro marco científico. La determinación del marco de referencia al cual habrán de pertenecer o debieran pertenecer, es una cuestión de ética. La ética es un modo científico: determina la estructura a la cual pertenecen los fenómenos que son y tiene que ver con todas las cuestiones relativas a esa determinación. Es el modo de colocar las cosas en su marco adecuado, una cuestión que tiene tanto que ver con la naturaleza de la cosa misma como con la de la persona que ejecuta la colocación, su disposición, determinada por su polaridad.

La ética es, pues, distinta del nivel social y está íntimamente conectada con él, así como el nivel social es diferente a los niveles psicológico y biológico. Y así como el nivel social está conectado con todos los niveles, irguiéndose sobre todos ellos, también lo está el ético. Cualquier cosa que sea potencial, no sólo en el nivel social, sino en cualquier otro, pertenece a la ética, ya que sólo la ética coloca a los fenómenos en sus niveles. Los propios niveles son potenciales en cuanto toca a la ética. Se hacen niveles, campos o marcos de referencia, espacios, sólo con la asignación de fenómenos, mediante ella y a través de ella. La asignación es un acto ético; toda ciencia es ética en el acto de devenir.

El campo de energía potencial en el cual tiene lugar la asignación es un campo ideal establecido por un genio humano. Éste establece el campo como potencial. Al hacerlo, actúa éticamente, de acuerdo con nuestra comprensión del mundo, y todo acto subsiguiente de establecer fenómenos en el campo de energía es un acto ético, estando más lleno de contenido ético cuanto más cargado esté de potencialidades. Tales potencialidades existirán sólo si los fenómenos corresponden al marco en el cual se les situó, si la colocación se hizo teniendo en cuenta tanto el campo como los objetos, es decir, de acuerdo con nuestra definición, con una comprensión situacional. Por lo tanto, no es ética *cualquier* colocación en estructuras, sino aquella que se hace en la

estructura adecuada, como podríamos llamarla. La colocación de cosas en estructuras inadecuadas sería, por el contrario, no ética, ya fuera el llevar una corbata roja en un funeral²⁰ o la torpe colocación de la ciencia física en una estructura racial, como lo hizo el físico Lenard en su libro *Deutsche Physik*,²¹ la desvergonzada proclamación de una mentira, que es la confusión de estructuras como principio político, como lo hizo Hitler, o el insensato hacinamiento de seres humanos en pedreras y campos de concentración. Lo supremamente no ético sería la confusión de las propias estructuras ética, científica e histórica, como por ejemplo, el tratar a seres humanos como conejillos de Indias o como poseedores muertos de productos desarrollados que pudieran utilizarse ulteriormente, como los huesos molidos empleados como fertilizantes.

Tal colocación en estructuras inadecuadas no sólo sería torpe sino que resultaría carente de potencialidades. El comportamiento ético e inteligente, así como el venturoso, serían entonces idénticos. La pregunta radical de las tres sería cómo determinar el marco de referencia adecuado para un fenómeno. La próxima pregunta sería cómo colocar, una vez que se ha hecho la determinación, el fenómeno en la estructura determinada. La primera sería una cuestión de lo potencial ideal o teórico; la segunda, de lo potencial real o práctico. Ambas, la colocación de una idea como estructura potencial para un fenómeno y la aplicación de esa estructura en acción al fenómeno, constituyen *el campo ideal-real de la ética*. Tan pronto como el campo está consumado y el fenómeno está colocado, la situación deja de ser problemática, no es ya potencial, pertenece a la ciencia o los hechos. Mientras no esté consumada, mientras esté llena de potencialidades, pertenece *como tal* a la ética. En este sentido, toda situación, siendo lo intermediario entre un campo y su consumación, es, dependiendo de lo adecuado del campo para el fenómeno, ética o no ética, pero jamás una situación éticamente indiferente.²²

Hay, pues, una potencialidad doble en el campo ético; una, la que se refiere a la realización de ideas; la otra, la que se refiere a la realización de condiciones físicas conforme a ideas. La primera es pensamiento creador; la segunda, acción creadora. Ambas son elementos que se encuentran en el campo ideal-real de la ciencia, así como y en la medida en que la ética es solamente otra ciencia. Pero el hincapié específicamente ético está en el devenir, mientras que el hincapié científico está en el resultado (y el histórico en el resultado como lo devenido). Muchas de las cosas que vamos a decir acerca de la ética también serán aplicables, por lo tanto, a la ciencia. Realmente a medida que prosigamos el análisis, irán saliendo los rasgos éticos más y más a la superficie. Ésta es otra confirmación del hecho de que la

²⁰ Roberts *op. cit.*, p. 95.

²¹ Lenard, Philipp, *Deutsche Physik*, Munich, 1936.

²² Cf. Lec, Otis, "Value and the Situation", *Journal of Philosophy*, vol. XLI, núm. 13, 22 de junio de 1944, p. 339.

ética, aunque diferente de la ciencia, es, sin embargo, otra estructura de acción e investigación.

El campo ético es, pues, un campo o espacio en el sentido definido por nosotros; es el espacio de todas las potencialidades. La energía ética, cuya forma general es el espacio ético, es energía potencial. Toda vez que tenemos que ocuparnos principalmente del reino humano, esta energía potencial es potencial de energía en situaciones y seres humanos. Tal energía no es la energía física en los seres humanos —ésta pertenece al nivel físico y biológico— sino su energía particularmente humana, su energía social y psicológica. Sin embargo, como potencial, esa energía no es ni social ni psicológica, ni, si a eso vamos, física o biológica. Como energía potencial, no es otra cosa que ética. La moralidad se extiende, pues, tan lejos y tan profundamente como la propia vida.²³ Sólo vista así tiene amplitud suficiente para incorporar todos los fenómenos de la vida ética y todos los ideales éticos; sin embargo, gracias a su dirección campo-teórica, también es lo suficientemente determinada para definir valores de una manera definitiva.²⁴

En general, la ética es la disciplina de lo no realizado aún. Lo no realizado aún sólo puede llegar a ser objeto de razonamiento científico y de acción de lucha si se anticipa *como si* fuera realizado. El espacio ético tiene que ver con fenómenos casi ficticios, fenómenos que se hacen reales cuando realmente ocurren y que siguen siendo ficticios cuando no ocurren. Pero esto lo tiene en común con todos los espacios científicos, que también operan con ficciones, como los puntos sin extensión, los sistemas cerrados, los "hechos observados", ninguno de los cuales existe en realidad. Como hemos visto, la anticipación de cosas por venir es el proceso esencial de todo pensar, el proceso que establece el campo y hace espacial el pensamiento. Toda inteligencia es anticipación de acontecimientos futuros, la habilidad para prever resultados remotos,²⁵ una habilidad que se encuentra hasta cierto punto en los animales.²⁶ Obviamente, estos resultados todavía no son. Desde este punto de vista, Roberts tiene razón hasta cuando dice, con relación a las ficciones científicas: "El estudio de cosas que 'simplemente no son' nos suministra los más poderosos niveladores para bregar con las cosas que son."²⁷ Las ficciones científicas, como los ideales éticos, son construcciones tensionales establecidas para producir campos de acción e investigación. Son productos de anticipaciones, *Vorweg-nahmen*, del esfuerzo del hombre por alcanzar más allá de sí mismo, en el futuro. A pesar de que a menudo pueden apuntar dema-

²³ Cf. Aiken, Henry David, "Value and the Moral Ideal", *Journal of Philosophy*, vol. XLII, núm. 13, 21 de junio de 1945, p. 350.

²⁴ Cumpliendo así el programa presentado por Aiken, *ibid.*, n. 6.

²⁵ Roberts, *op. cit.*, pp. 73, 302; Cassirer, Ernst, *An Essay on Man*, New Haven, 1945, pp. 53 ss.

²⁶ Kohler, Wolfgang, *The Mentality of Apes*, Londres, 1927, p. 282.

²⁷ Roberts, *op. cit.*, p. 19 n. Cf. p. 93.

siado lejos y en dirección errada y, por consiguiente, dislocarse, tales esfuerzos por alcanzar más allá han venido a ser el verdadero distintivo de su razón humana; *ver-nehmen*, que originalmente quería decir "tomar demasiado", se ha convertido en *Vernunft*.

Este luchar más allá de uno mismo, este esforzarse por llegar hasta las estrellas y realizar lo ideal, es la esencia ética y constituye la esencia del espacio ético. No es lo que logramos, sino lo que luchamos por alcanzar, lo que nos redimirá ante los ojos de Dios; "*wer immer strebend sich bemüht, den können wir erlösen*: a aquél que se esfuerza sin descanso, a ése podremos redimirlo". Si bien la ética y la ciencia tienen en común el luchar, en la ciencia es contingente y el resultado es lo esencial; en la ética ocurre lo contrario. El luchar en la ciencia es importante y sin ello no habría resultado; pero lo que cuenta es el resultado. En la ética, el resultado es importante y sin él no habría lucha; pero lo que cuenta es el luchar. Lo que da al campo ideal-real su hincapié ético es el ideal; al mismo campo le da su carácter científico lo real. En otras palabras, la ética debiera ser la disciplina guía para la actividad creadora de la inteligencia. Siendo la ciencia de lo potencial, debiera, mediante la descripción de la esfera de lo potencial, guiar a la razón para fijarse metas en armonía con la cognición ética.

Pero el fijar una meta nunca es primordialmente un acto de cognición, sino de voluntad. Sin duda, toda *cognición*, como anticipación de resultados, es un acto de la voluntad, pero en tanto que en la ciencia predomina el elemento cognitivo, en la ética predomina el conativo. Aquí también podemos distinguir una escala, desde lo histórico como disciplina del pasado, a través de la ciencia como disciplina del presente, hasta la ética como la del futuro. El historiador típico será el estudioso erudito, penetrante e inquisidor, a gusto siempre entre papiros y pergaminos, fascinado por el olor y el polvo de lo antiguo; su energía estará retirada del mundo y sus actividades; lejos de ser cinética o potencial, estará, por el contrario, asentada, como un trabajo hecho; su vida será sedentaria; él mismo se hará más conspicuo por su ausencia que por su presencia, como los positrones de Dirac, que poseen energía negativa. El ético típico, por otra parte, será un hombre de acción, lo opuesto del erudito historiador, será impulsivo, conspicuo, vivirá más en el futuro que en el pasado, más en lo ideal que en lo concreto; que quisiera formar con energía positiva. En tanto que acaso el historiador no encuentre tiempo para la creación literaria por estar absorbido en su investigación, el ético se encuentra en igual peligro debido a su absorción en la acción. En tanto que el libro del historiador, una vez escrito, esté acaso recargado de notas y materiales, el del ético se encontrará en peligro de ser un manifiesto para la acción más que una exposición científica. Ambos encontrarán el feliz término medio y la síntesis en la persona del verdadero científico, quien se encuentra a gusto en el presente, observando friamente los hechos y presentándolos, ya

sean tomados de la estructura histórica, la ética o la existencia; es un hombre de acción e investigación moderadas, acaso más cercano al hombre ideal de Aristóteles que el ético típico. Como verdaderos científicos, el historiador recreará el pasado, el ético procreará el futuro, mientras que el científico propiamente dicho formará el presente. Estos tipos ideales se producen, desde luego, en todas las variantes. Puede haber historiadores que sean hombres de acción, y para quienes la historia sea sólo un medio de guiar la acción. Tal historia ética, aunque interesante y necesaria, no es, sin embargo, verdadera historia. Por otra parte, puede haber éticos cuyo temperamento sea más inquisidor que el del historiador y para quien la ética sea más una forma de cognición que una realidad viviente. Son tan poco éticos verdaderos como historiadores verdaderos son los historiadores activos. Pero los extremos se sintetizan en el ideal del científico.²⁸

El problema de fijar metas es, pues, un problema de campo dentro del espacio ético y su polaridad ideal-real, en el cual no se puede pasar por alto al ético, el fijador de metas, del mismo modo en que no se puede pasar por alto al observador en la ciencia física. Se podría resolver una gran parte de las dificultades "insuperables"²⁹ de la ética si se comprendiera este carácter de campo de la ética. Entre las energías activas en el campo ético, la del ético es una de las más fuertes. Al fijar las metas, "la ética se dedica al poder creador en el hombre. Aquí la inteligencia humana busca y encuentra el camino hacia el significado de la vida. Pero en esto es práctica. Así moldea el hombre la vida. La ética no es filosofía prístina y fundamentante; su conocimiento no es ni el primero ni el más cierto. Pero en otro sentido es la preocupación primordial de la filosofía: su obligación original y más recóndita, su tarea más responsable.

"Es el primero y más positivo interés filosófico del hombre; históricamente, fue éste el interés que primero separó a la filosofía de la mitología. Es la fuente y el más recóndito motivo del pensar filosófico, acaso de la inteligencia humana en general."³⁰

Si lo ético es energía potencial como tal, entonces es realmente la fuente de la más grande energía cinética, la inteligencia humana. Entonces el espacio ético es la forma general, no sólo de la energía ética, sino de toda la energía humana. De acuerdo con su elección de estructura, dirigirá la energía moral, inmoral o amoralmente en lo científico. Existen tres y solamente tres posibilidades electivas para la colocación de fenómenos en estructuras por la energía potencial: ésta puede elegir el marco adecuado o apropiado, es decir el marco que esté en el nivel del fenómeno, o bien puede elegir uno superior o inferior. No hay otra posibilidad. En el primer caso, el fenómeno fue aco-

²⁸ Cf. Hartmann, Nicolai, *Ethics*, Nueva York, 1932, vol. II, pp. 312 s.

²⁹ Hartmann, N., *op. cit.*, vol. I, p. 33.

³⁰ Hartmann, N., *op. cit.*, pp. 31 s.

modado con perfecto equilibrio en el campo ideal-real dispuesto para él y en espera de él. En ese caso la situación está en descanso y consumada; explicada, en el sentido mencionado arriba, si es una situación intelectual; "cómoda", si es emocional o social. En este caso tenemos la situación amoralmente científica o de sentido común, una situación moralmente neutral mientras existe, pese a que su nacer a la existencia fue una acción moral. En el segundo caso, cuando se coloca un fenómeno en un marco de referencia superior, tenemos la situación creadora que describimos arriba para la ciencia, donde lo ideal predomina y se establece una tensión entre lo ideal y lo real que sólo puede ser mitigada de manera gradual a medida que lo real se aproxima a lo ideal. Aquí tenemos una situación científicamente creadora. En situaciones no intelectuales, emocionales y sociales, es posible esto mismo. Aquí tenemos la situación verdaderamente ética luchando dinámicamente por ascender hacia un marco de referencia superior, hacia un orden superior. En las situaciones sociales son el profeta y el héroe quienes establecen el marco superior y gradualmente arrastran a la sociedad tras ellos.³¹ Por último, en el tercer caso, cuando se ha elegido un marco inferior, tenemos la situación inmoral. En el caso de situaciones sociales o psicológicas, esto es obvio. En las situaciones sociales se trata entonces a los seres humanos como animales o cosas, se les pisotea o degrada. En una situación psicológica, la estructura inferior que yo elija para mí mismo puede extenderse desde lo biológico, lo vegetativo, a lo físico, y traer como resultado la depresión, la locura o el suicidio. En las situaciones intelectuales, esto no es inmediatamente evidente. ¿Es inmoral la aplicación intelectual de una estructura inferior a un fenómeno? Lo es, en realidad; sólo que no podemos determinar si tal aplicación es en realidad la aplicación de una estructura inferior al fenómeno o de la estructura superior del fenómeno a la inferior. Así, pues, cuando Lenard aplica términos raciales a la física, ¿ha elevado la física o la ha degradado? Lo que tenemos es más bien una confusión de estructuras, y tal confusión es en realidad inmoral. Pues aquí no es lo ideal lo que predomina, como tampoco el campo ideal-real; sino que se aplicó un campo extraño al fenómeno por razones que no están justificadas por el propio fenómeno y su situación, sino que residen en la persona del colocador, quien de este modo actuó conforme a intereses personales, no situacionales.

Vemos, pues, que el espacio ético es el *locus* de la energía potencial, ya sea amoral, moral o inmoral. Es la fuente de todo pensar, la gran premisa de toda lógica. La lógica científica, si no es creadora y simplemente se ajusta a los fenómenos, no es más que una herramienta que se puede usar lo mismo con propósitos morales que inmorales. Es propensa a su utilización para lo segundo, debido a que su naturaleza no es creadora, su causalidad, en palabras de Kant, es una "serie (de causas y efectos) que siempre va en curso

³¹ Cf. Bergson, *Two Sources*, pp. 257 ss.; Cassirer, *An Essay on Man*, p. 55.

descendente".³² Es eficiente (*nexus effectivus*), pero esa misma eficiencia, sin la inspiración creadora de un ideal fijador de metas, ha conducido en nuestra época a la barbarie tecnológica. Para ser moral no basta con colocar la estructura adecuada pura y simplemente; es preciso colocar una estructura superior, pero no meramente superior en especie y en realidad extraña al fenómeno, sino una estructura realmente superior y que sea su propia continuación natural. Sólo una colocación así sería una anticipación genuina, *Vorweg-nahme*, y conduciría a la realización de lo ideal en lo real en desarrollo. Para tal anticipación, el intelecto, *Verstand*, que sólo conecta las causas reales, es incapaz. Aquí tenemos que recurrir a la razón, *Vernunft*, la cual conecta las causas ideales y no sólo conduce hacia abajo, sino "tanto hacia abajo como hacia arriba y donde la cosa, que desde un punto de vista es considerada como efecto, amerita, sin embargo, vista desde abajo, el nombre de causa de la cosa de la cual es el efecto".³³

Así hemos llegado al problema de la continuación. Si bien esta sección nos ha mostrado la diferencia entre el espacio ético y el espacio científico, la próxima sección nos mostrará su conexión.

El campo ético como una determinación del espacio ético. Presuposiciones metafísicas de lo ético como modo de potencialidad

Al caracterizar el campo ético como una determinación del espacio ético y mostrarlo como una continuación del campo científico, encontraremos una respuesta para la pregunta: "¿Cómo se habrá de llegar a los principios éticos y cómo se puede estar seguro de que lo son? Ninguna experiencia es capaz de enseñarlos; en contraste con aquello que se puede experimentar, han de discernirse intuitivamente. Pero donde, en contraste con lo real, los encontramos intuitivamente discernidos y establecidos como reclamaciones, también los encontramos variables, desplazables, intercambiables, transformados, dislocados. ¿De qué se puede agarrar, pues, la ética como ciencia?"³⁴

Hartmann contesta: en el reino ideal de valores que se le da *a priori* a la conciencia moral. Nosotros no nos fiamos de una manera tan incondicional de la conciencia moral y le daremos una dirección en la cual pueda encontrar lo ideal y establecer los principios. El apriorismo ético es para nosotros no tanto una cuestión de ontología que ha de ser aceptada como tal, sino una cuestión de existencia humana tal como se ha desarrollado en el curso de la evolución. Lo ético es la tendencia en la evolución misma, lo potencial en todo nivel de existencia, que finalmente condujo hasta el hombre. El hombre es, pues, "la forma a la cual luchan por llegar todas las

³² *Urteilkraft*, § 65.

³³ Kant, *ibid.*

³⁴ Hartmann, N., *op. cit.*, p. 33.

formas" ³⁵ y por cuya causa fueron creadas. Mas no para el hombre como tal, como creyeron los Padres y Kant,³⁶ sino para el hombre como un resultado momentáneo de la evolución, un extremo temporal de la cadena, a la cual se agregan nuevos eslabones todo el tiempo. El hombre es el resultado de un desarrollo, de crecimiento; el hombre y la naturaleza, como ejemplos de crecimiento, nos suministrarán características generales de crecimiento que podrían ser atribuidas a lo ético como lo potencial.

De inmediato se presentan dos objeciones en contra de esta comprensión de lo ético. Primero, que es un concepto demasiado amplio. Esta objeción la encaramos en la sección anterior señalando que lo ético es un modo de cogniciones y acciones que atraviesa todos los niveles de existencia y es tan amplio y profundo como la vida misma. Al definir el modo de esa potencialidad, no sólo seremos capaces de dar determinación al concepto y un contenido determinado a nociones similares de lo ético,³⁷ sino que también, al mostrar que el espacio ético es un reino definitivamente estructurado, podremos obtener una definición de valor que nos dará un lugar preciso para colocar muchos fenómenos que hasta el momento no han encontrado una teoría ética sistemática. La segunda objeción que se presentaría sería que nuestra noción convierte el deber ser en un mero va a ser, ya que lo potencial es tan sólo en vista de su devenir real. Si lo ético fuera equivalente de crecimiento, entonces no habría ninguna agencia libre en la persona, ya que crece orgánicamente, sin su propia cooperación, y todas sus acciones "le crecerían" como a un árbol sus ramas.

Si tal fuera el caso, esta objeción sería verdaderamente seria. Pero el crecimiento, aun el crecimiento orgánico, es un proceso creador en el cual la potencialidad no significa en modo alguno cumplimiento y realización. Por el contrario, como hemos visto, al producir energías potenciales, la naturaleza erige una abundancia tal de potencialidades que colmarían el universo en caso de realizarse cada una de ellas. Sin embargo, de hecho sólo se están realizando unas cuantas potencialidades de entre billones de tales, tanto así que Kant fue capaz de comparar acertadamente la relación entre lo producido y lo intentado con una relación diferencial. Hasta el crecimiento de un ser tan amparado como el hombre moderno es precario y puede ser interrumpido en cualquier momento lo mismo antes que después del nacimiento. Por consiguiente, aun cuando las acciones crezcan en un ser al modo en que le crecen sus ramas a un árbol, conviene recordar que el crecimiento de un árbol es una creación, una autocreación. Permítasenos referirnos de

³⁵ Geymüller, H. de, *Swedenborg und die übersinnliche Welt*, Stuttgart, 1936, p. 253.

³⁶ Windelband, W., *A History of Philosophy*, Nueva York, 1938, p. 261.

³⁷ Cf. Aiken, *ibid*; Nietzsche, Leipzig, Kröner, Grossektav Ausgabe, vol. VIII, p. 89. Cf. George Alen, Jr., *What Nietzsche Means*, Cambridge, Mass., 1943, p. 294 y dos citas transcritas.

nuevo a Kant: "Un árbol crea *primero* a otro árbol conforme a una conocida ley de la naturaleza. El árbol que crea, sin embargo, es de la misma especie; por consiguiente, se crea a sí mismo conforme a la especie... En *segundo* lugar, un árbol se crea a sí mismo aun como individuo. A esta clase de efecto, es cierto,³⁸ lo llamamos solamente crecimiento; pero se debe entender en un sentido... tomarse como una creación, aunque bajo otro nombre..."³⁸ Kant describe entonces la originalidad de esa creación, la diferencia entre ella y el aumento mecánico y la libre actividad creadora de partes de organismos en las lesiones y otras interferencias con el proceso de crecimiento, hechos que sólo en épocas recientes³⁹ han hallado completa confirmación experimental.

El crecimiento es un fenómeno precario lleno de sorpresas inesperadas y que conduce al éxito sólo a través de la improvisación continua y libre del individuo en cuestión. En este proceso toman parte hasta los deseos y anhelos del individuo, siendo éstos, en muchos casos, advertencias de cosas por venir, de cosas que van a ser y que, como los anhelos, asumen el carácter de cosas que debieran ser. Así, pues, el futuro condiciona al presente;⁴⁰ Spinoza,⁴¹ Hobbes⁴² y muchos otros autores opinaron que no deseamos algo por considerarlo bueno, sino que lo consideramos bueno porque lo deseamos. En nuestro deseo se anticipa el estado futuro, toda la interacción de nosotros con el mundo en general en tanto haya de constituir nuestra vida por venir. ¿Cómo podemos evitar encontrarla buena y adivinar su bondad? Amamos nuestra vida, nadie quisiera vivir la vida de otro, a pesar de todo. Amamos nuestra existencia, que para nosotros es existencia pura y simple, y sólo cuando nos invade un humor mórbido nos inclinamos a eliminarla. Lo que va a ser se produce mediante nuestra acción, nacida de nuestro deseo de que debiera ser. Goethe ha expresado todo esto en un pasaje revelador en *Dichtung und Wahrheit*:

"Nuestros deseos son presentimientos de las capacidades que están dentro de nosotros, precursoras de lo que seremos capaces de lograr. Lo que podemos y nos gusta hacer se nos presenta en la imaginación como fuera de nosotros y en el futuro; sentimos un anhelo hacia aquello que ya poseemos en silencio. Así, pues, una anticipación apasionada transforma lo verdaderamente posible en realidad soñada. Si tal dirección está ahora definitivamente en nuestra naturaleza, entonces con cada paso de desarrollo se logrará una parte de ese primer deseo, en circunstancias favorables siguiendo un camino

³⁸ *Urteilkraft*, § 64.

³⁹ Spemann, Hans, *Experimentelle Beiträge zu einer Theorie der Entwicklung*, Berlín, 1936.

⁴⁰ Cf. Nietzsche: "Lo que está por delante es una condición de lo presente en igual medida que lo pasado. Lo que debería ser y debe ser es el fundamento de lo que es."

⁴¹ *Ética*, III, prop. IX.

⁴² *Leviatán*, I, cap. VI.

recto, en circunstancias desfavorables mediante una desviación de la que una y otra vez regresamos al primero.”

Al igual que el hombre, la naturaleza misma es un gran organismo, una acción recíproca de fuerzas creadoras donde lo potencial es transformado de continuo en lo real, pero donde esa realización se ve amenazada continuamente por las fuerzas de los niveles inferiores, la tendencia entrópica de cosas contra las que, como vimos, lo antientrópico tiene que luchar a medida que asciende a formas superiores de orden. La existencia es un gran drama,⁴³ trágico en su mayor parte, y termina en felicidad y satisfacción solamente en los raros casos en que lo superior precario ha podido levantarse de la superficie de las potencialidades. La ética sólo es posible en un mundo de fuerza creadora bergsoniana. En un mundo así, el hombre, como parte y agente de la lucha creadora, puede ser un agente del bien a través de su autorrealización. Sólo en un mundo así son la anticipación, la expectación, elementos integrales del desarrollo. “La vida comienza con una superfluidad de fuerza... El crecimiento tiene más exigencias que la mera preservación. La vida debe empezar con un gran balance de fuerza a fin de que pueda vencer los obstáculos a su desarrollo y mantenimiento. Esto es tan cierto respecto a la vida psíquica como lo es respecto a la vida puramente física. Relacionada con esto está la apropiación inconsciente, la ideación audaz tan característica de la vida del pensamiento. Vivimos en expectación antes de vivir en retrospectión; miramos hacia adelante antes de mirar hacia atrás. Nacimos a la fe y comenzamos con confiada anticipación.”⁴⁴ Somos verdaderos hijos de la naturaleza. La lucha por el bien es depositada en nuestros propios corazones, como en la muda lucha de la naturaleza misma. En nuestro triunfo, habiéndonos levantado desde los amorfos nidos de los organizadores protoplásmicos del globo, la propia naturaleza alcanza su mayor triunfo. El hombre es el actual realizador de las potencialidades de la naturaleza, el liberador de los poderes que estallan en vida y cuya titánica fuerza y patética sed sólo puede ilustrar la imaginación del artista.⁴⁵ La ética es imposible en un mundo de leyes uniformemente causales como el del naturalismo. Aquí desaparece la gloria de la propia naturaleza. En realidad, un mundo así, tal como se describe en *Système de la Nature*, ya le pareció “ridículo” y “senil” a Goethe, otro de los grandes poderes morales de los tiempos modernos.⁴⁶

⁴³ Höffding, Harald, *The Philosophy of Religion*, Londres, 1931, p. 256.

⁴⁴ Höffding, Harald, *op. cit.*, p. 242.

⁴⁵ Véase la abrumadora presentación de este tema en la escultura de Jacob Epstein “Adán”; Epstein, *Let There Be Sculpture*, Nueva York, 1940, p. 150: “Logré obtener un tremendo movimiento dentro de los límites de una piedra erecta y no muy ancha. El movimiento no reside en las formas extensas, sino en una energía interna, comparable a un dinamo en el que se genera una energía tremenda. En ninguna otra obra me había fundido yo a tal grado... Varias generaciones hablaban a través de mí, y el impulso interior que cobró forma aquí era el impulso universal.”

⁴⁶ Höffding, *op. cit.*, p. 362.

“No pudimos comprender cómo un libro así podría ser peligroso. Nos pareció tan pálido, tan quimérico, tan mortal, que encontramos que tenía que sostener su presencia y nos estremecimos ante él como ante una aparición... Este libro se nos antojó la quintaesencia misma de la senilidad, insaboro, en realidad insípido. ¿Todo debe ser necesario y por lo tanto no hay Dios...? Sentimos algo dentro de nosotros que era completamente arbitrario, y de nuevo algo que trataba de balancear esta arbitrariedad... ¡Cuán huecos y vacíos nos sentimos en aquella media luz atea, en la que la Tierra con todas sus formas, el cielo con todas sus estrellas, desaparecían...! ¡Si sólo el autor hubiera construido el mundo con materia en movimiento! Pero conocía la naturaleza tan poco como nosotros: luego de empalidecerla en unos cuantos conceptos generales, la dejó inmediatamente, a fin de transformar en naturaleza material, pesada, moviente, y sin embargo sin dirección ni forma, todo aquello que parece presentarse como superior a la naturaleza o como una naturaleza superior en la naturaleza; y así creyó haber ganado mucho.”⁴⁷

Nos parece que la naturaleza no ética del naturalismo no se puede describir mejor. Es apenas la aplicación de una estructura inferior a un fenómeno superior, de pesada energía entrópica a liviana energía antientrópica, de lo físico con semejanza de muerte a la vida. El estremecimiento que experimentó el joven Goethe hace más de doscientos años lo podemos comprender muy bien nosotros, epígonos que hemos observado las fantasmales escenas de campos de exterminio científico. Lo ético, como potencial, presupone la naturaleza como realidad creadora y el crecimiento como creación y auto-creación.

Esta exigencia ética corresponde hoy día a los hechos científicos. La naturaleza procede no de acuerdo con el rígido esquema darwiniano de necesidad mecánica, sino en mutaciones que tienen lugar en diminutos volúmenes de células embrionarias⁴⁸ y que son contrapartes biológicas de los saltos físicos cuánticos,⁴⁹ comprensibles en términos de la mecánica cuántica. Los agentes de la evolución son cantidades atómicamente pequeñas y sin embargo ordenadas. Se presentan aquí y allá sin un plan comprensible, así como el electrón salta cuanta vez se presentan la energía y la ocasión. No es de sorprender que con un método así, los niveles alcanzados no puedan ser muy estables y conduzcan a estabilidad y a desarrollo ulterior sólo en los casos más excepcionales.

La evolución, en el mejor de los casos, debe de ser y debe de haber sido solamente una ocurrencia muy excepcional. Es obvio que en cualquier nivel sólo unas cuantas especies evolucionaron más allá. Aun dentro de aquellas

⁴⁷ *Dichtung und Wahrheit*, 3. Teil, 11. Buch.

⁴⁸ Schrödinger, Erwin, *What is life?*, Cambridge, 1944, p. 44.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 48 ss.

especies probablemente sólo unos cuantos individuos variaron lo suficiente o en la dirección debida para constituir nuevas etapas en el progreso de la vida. Para la vasta mayoría de las especies, el paso del tiempo significó solamente la persistencia en las formas heredadas o, de lo contrario, la extinción. Vivir es una empresa muy azarosa. Cada nuevo nivel de logro, si escapa a ciertos peligros, encuentra otros no menos amenazadores. Cuanto más alto subimos tanto más lejos podemos caer.⁵⁰

La estabilidad y potencialidad del nuevo nivel dependen de la cantidad y dirección de la energía que entró en su logro. Si la energía fue lo bastante fuerte y las condiciones no fueron demasiado desfavorables, las nuevas formas pudieron por lo menos persistir. En tales casos se les colocó con la debida cantidad de energía en la estructura adecuada o, hablando en términos de evolución, en el medio ambiente apropiado. Pero si las condiciones fueron más favorables, si el medio ambiente fue propicio y dio esa pequeña cantidad de tensión adicional que en la célula embrionaria se caracteriza por la "ionización (o proceso similar)"⁵¹ y que en nuestro modo metodológico de hablar podríamos representar mediante la elección de un marco de referencia ligeramente demasiado superior, entonces las formas se desarrollaron más allá. La naturaleza no pudo prever este desarrollo ulterior, sino sólo adivinarlo, como el pensador que procede mediante pruebas y errores y para su alegría o desencanto descubre algunas formas que son favorables y otras que no lo son. Así, pues, J. B. Huxley señala en su libro *The Individual in the Animal Kingdom*⁵² que "a través de la vida, el esfuerzo siempre parece traer consigo ventajas imprevistas y no relacionadas con el objetivo inmediato del esfuerzo. Para dar un ejemplo extremo, los ojos y los oídos y otros órganos sensoriales de los animales se desarrollaron principalmente para la captura de presas y la evasión del enemigo; pero una vez formados, fueron el punto de partida para la vida de la conciencia que ha culminado en nosotros". Este mismo método creador, de prueba y error, la rápida captación de las oportunidades y el descarte de los fracasos, ha sido demostrado por Bergson como el mecanismo, no sólo de la creación orgánica, sino también de la inteligencia y la moralidad.⁵³ Toynbee llama con mucho acierto al pasaje de Huxley "el prólogo a la épica bergsoniana del intelecto humano".⁵⁴ La naturaleza procede menos como un manufacturero⁵⁵ que como un pensador creador que trata de resolver un problema. En su capítulo "Mathematical Biophysics of Rational Learning and Thinking",⁵⁶ Rashevsky nos ha

⁵⁰ Roberts, *op. cit.*, p. 87. Cf. Urban, Wilbur M., *Fundamentals of Ethics*. Nueva York, 1930, p. 107.

⁵¹ Schrödinger, *op. cit.*, p. 44.

⁵² Cambridge, 1912, pp. 130 ss.

⁵³ Cf. *Two Sources*, p. 186 *et pass.*

⁵⁴ Toynbee, Arnold, *A Study of History*, Cambridge, 1935, vol. III, p. 118 n.

⁵⁵ Cf. Bergson, *Creative Evolution*, Nueva York, 1937, p. 92.

⁵⁶ *In Mathematical Biophysics*, Chicago, 1938, pp. 282 ss.

dado una fórmula para ese proceso que expresa "el condicionamiento bajo el cual un individuo determinado puede aprender racionalmente una situación o, expresándolo de una manera ligeramente distinta, puede resolver un problema de determinada complejidad racionalmente".

En el hombre, la naturaleza ya ha alcanzado un estado de solución racional de problemas. Las situaciones son situaciones de naturaleza creadora que se han hecho conscientes. En los niveles inferiores, la propia naturaleza, a través de los instintos y la adaptación, experimenta y descarta sus propias criaturas cuando son fracasos. Con el hombre ha surgido un campo más estable en el cual los fracasos de adaptación se pueden corregir mediante la propia intervención consciente de la criatura. De esta manera mantiene, estabiliza y mejora aún más el nivel, aumentando sus potencialidades: la actividad verdaderamente ética. De manera contraria, al descender a los niveles inferiores y hacer conscientemente lo que hace la naturaleza mediante un impulso ciego, "descartar los fracasos", mediante el exterminio científico, ejecuta el acto no ético. Ningún hombre es un fracaso como hombre, pues en él, como miembro del nivel automejorador, esencialmente potencial, está la posibilidad de adaptación social. Sus semejantes están destinados a auxiliario en su tarea. Así, pues, lo social es implícitamente lo ético. Su auto-desarrollo es eticidad. Lo ético, para usar la terminología *Gestalt*, es la "buena continuación" de lo social.

La mente del hombre, que también ha llegado a ser un factor en la evolución, está destinada a crear un nuevo medio ambiente en nuevas configuraciones espiritualizadas del hombre y la materia. Aún no ha terminado su primera tarea, pero tanto más eficiente será la última. Ha hecho un pedido de marcas conforme a las leyes científicas, continuando así el trabajo evolutivo de la naturaleza al hacer a una de sus criaturas poderosa sobre todo el espacio del globo, si no del universo. Como nueva agencia de evolución creadora, el hombre se preparó a sí mismo nuevos órganos perfeccionados:⁵⁷ oídos en la radio y el teléfono, ojos en el radar y la televisión, telescopios y microscopios, faros y pilas secas, órganos de tacto en termómetros y barómetros, cardioscopios y detectores de mentiras, manos en grúas y pinzas, pies en escaleras y carros y aun cerebros en máquinas calculadoras que son capaces de resolver ecuaciones diferenciales con una rapidez imposible para el hombre.

Estas creaciones producidas mediante la solución racional de problemas no pudieron realizarse, sin embargo, sin largos periodos de pruebas y errores. Por consiguiente, el hombre no está muy por encima de los procedimientos experimentales de la naturaleza. Ninguna máquina ha funcionado jamás en la primera prueba, después de la etapa del plano. Lo concreto tiene sus propias leyes, todas las cuales no es capaz de preverlas el pensamiento, algo

⁵⁷ Bergson, *The Two Sources of Morality and Religion*, p. 28.

que es “más fino que los átomos y los electrones”.⁵⁸ Todo el plano del pensamiento es un plano potencial, no especialidad real sino potencial. El comienzo del pensamiento no es dimensional, sino un punto sin extensión. Así es la fuerza de la energía que se derramó en creación; “comienza en un punto que es casi un punto matemático y se desparrama alrededor de este punto en ondas concéntricas que continúan agrandándose... Hay en ello algo explosivo: al comienzo necesita solamente el lugar más pequeño posible, un mínimo de materia, como si las fuerzas organizadoras entrasen al espacio con renuencia”.⁵⁹ Ya en su clásica *Teoría de los cielos*⁶⁰ Kant observó que la creación se inició en un punto del universo. Al final de su fundamental *Astronomy and Cosmogony*, Jeans arriba a la “desconcertante aunque casi inevitable conjetura de que los movimientos en las nebulosas espirales deben de estar gobernados por fuerzas desconocidas para nosotros... El tipo de conjetura que se presenta algo insistentemente es que los centros de las nebulosas son de la naturaleza de ‘puntos singulares’ en los cuales se derrama materia en nuestro universo *procedente de alguna otra dimensión espacial completamente extraña*, de modo que a un habitante de nuestro universo le parecen *puntos en los cuales la materia se crea continuamente*”.⁶¹

¿Qué otra cosa sino lo potencial puede ser esta extraña dimensión espacial y qué otra cosa esa “renuencia” de la fuerza organizadora, a la cual se refiere Bergson, que la anticipación de las resistencias y dificultades por encontrarse en la esfera material cuando lo potencial tiene que realizarse en concreción? Así, pues, la fuerza creadora vacila antes de dar comienzo al gigantesco drama de la existencia y sin embargo no puede resistir la tentación, pese a los penosos esfuerzos, desencantos y desesperaciones que sin duda le esperan en el camino. Todo artista creador conoce este sentimiento de renuencia con el cual se obedece al llamado del numen; pero el artista tiene tan poca fuerza para resistirlo como el pescador de Goethe ante las incitantes voces de lo profundo. Todo artista conoce las demandas de “este penoso trabajo de crear un mundo de la nada”, como le llamó Wagner, conoce la voracidad del fuego que lo consume, como la conocieron Mozart, Schubert y Galois. Así, pues, la propia naturaleza es un artista, una fuerza de creación libre que experimenta con el material, derramando el reino potencial en el espacio real. Sólo una metafísica así puede justificar nuestra ética, y sólo una metafísica así —al parecer— es verdaderamente meta-física, está verdaderamente detrás de lo físico como su verdadero supuesto científico. De igual manera, el espacio ético, en tanto que espacio de lo potencial, es el verdadero supuesto del espacio científico. La metafísica y la ética se amalga-

⁵⁸ Planck, *Die Physik im Kampf um die Weltanschauung*, p. 20.

⁵⁹ Bergson, *Creative Evolution*, p. 92; cf. p. 248.

⁶⁰ Reclam Edition, p. 106.

⁶¹ Cambridge, 1929, pp. 359 s. Cursivas mías.

man en una. La creación no es otra cosa que colocación en el espacio. Es el acto ético primario.

Esta concepción de la naturaleza creadora como un proceso dramático y de lucha cuyos triunfos se compran solamente a expensas de trágicas derrotas, da tan poco lugar para un finalismo radical como para el mecanicismo. Una teleología lebniziana anularía toda facultad creadora ética tan efectivamente como el mecanismo rígido. En ese caso, el proceso mundial no sería otra cosa que un desenvolvimiento de lo valioso de acuerdo con un patrón preordenado.⁶² Si a la fuerza creadora se le ha de llamar Dios, entonces ese Dios estaría gloriosamente entronizado y perfectamente alejado de este mundo, y no habría una continuación entre lo metafísico y lo físico como no la hay entre el mecanismo de la evolución darwiniana y el surgimiento del valor.⁶³ Sería en realidad el Dios de Aristóteles y Tomás de Aquino, el Dios "cuyo conocimiento es la causa de las cosas"⁶⁴ y cuyo conocimiento es ya creación, pues su voluntad "acompaña a su razón como una consecuencia".⁶⁵ Sería el Dios perfectamente realizado en la naturaleza, el *liber vivus*, como en la Biblia, el *liber scriptus*,⁶⁶ un rígido patrón de valor necesario, no de una fuerza de creación cuya más elevada manifestación es el hombre luchador y agonizante. El Dios que la ética verdadera presupone, lo mismo que lo presupone la ciencia exacta, es un Dios de lucha y agonía, un Dios maniqueo, el Dios de Boehme y Eduard von Hartmann, de Schelling y Bergson, un Dios que se enfrenta a infinitas dificultades y tragedias sin límite, para quien el propio hombre es el mayor triunfo... y el más profundo desencanto.

En el hombre se manifiesta toda la tensión de la existencia. El hombre es un participante en el espacio ético en la medida en que posee potencialidades para el bien y el mal, para su propia perfección superior y su retorno a las esferas inferiores. Es, en palabras de Nietzsche,⁶⁷ "una cuerda tendida entre la bestia y el superhombre". En él está toda la aspiración, la oscura adivinación del objetivo de la creación, con más propósito mediante su propio propósito racional de lo que lo fue antes de que se apareciera en la creación⁶⁸ y el torpe deseo perteneciera solamente al animal; sin embargo, no lo suficientemente clara como para equipararse a la visión del propio Dios. El espacio ético, en tanto espacio de lo potencial, es en sí un formidable

⁶² Bergson, *Creative Evolution*, p. 39; Hartmann, N., *Ethics*, vol. I, p. 242.

⁶³ Lanz, Henry, "A Contribution to the Problem of Immortality", *Phil. Rev.*, vol. LIII, núm. 4, julio de 1944, p. 336; Kohler, Wolfgang, "Value and Fact", *Journal of Philosophy*, vol. XLI, núm. 8, 13 de abril de 1944, p. 200.

⁶⁴ *Summa Theologica*, 14, art. 8, 3.

⁶⁵ *Ibid.*, 19, art. 1.

⁶⁶ Cf. Windelband, *op. cit.*, p. 322.

⁶⁷ Noll, *Kants und Fichtes Frage nach dem Ding*, Francfort a. M., 1936, p. 155.

⁶⁸ Sorley, *The Ethics of Naturalism*, p. 332.

campo de tensión extendido entre los límites del mundo que enfoca a ambos con mucho más dinamismo de lo que lo hacen el espacio científico o histórico. En el hombre, esta tensión se hace evidente como la tensión ética entre el bien y el mal, siendo el bien la tendencia a seguir y dirigir la evolución hacia la espiritualización, siendo el mal la tendencia a empujar hacia atrás y hacia abajo hasta la inercia de la materia. No hay hoy día un dirigente moral que pueda representar para nosotros la altura del espíritu. Pero la abismal diferencia entre la moral de un hombre como Albert Schweitzer y la de un torturador profesional en un laboratorio de exterminio ilustrará la tensión que se encuentra en la humanidad de nuestro tiempo. Podría compararse en la ciencia a la diferencia entre una mente como la de Einstein y la de un tibetano imbecil. No hemos ascendido tan alto como otras épocas en liderato moral, sino que nos hemos hundido más profundamente que en ninguna otra época en la inmoralidad activa.

El hombre puede hundirse tan bajo y levantarse tan alto, gracias a que en él se encuentran tanto el ímpetu creador como el residuo material de toda la creación.⁶⁹ Arrastra consigo a toda la naturaleza, la animal, la vegetal y hasta la atómica, y puede ascender hasta las alturas sólo mediante el abandono y descarte de parte de esa herencia de sus profundidades embrionarias. A veces tiene éxito, pero más a menudo fracasa, y es arrastrado a su interior como a una ciénaga; entonces vadea a través de la "horrible sentina de la iniquidad" y envenena al mundo con su chapoteo insano. Así, pues, es parte de la naturaleza para bien o para mal, y ni siquiera la muerte lo separa de ella. El hombre está anticipado en la planta y el animal y la relación de sus hechos terrestres será escrita en el libro de contabilidad de la naturaleza.⁷⁰ Es el epítome de la naturaleza; al estudiar el campo ético en la humanidad lo estudiamos en la naturaleza. La humanidad es el campo ético en tanto que sección del espacio ético en general. Toda situación humana es una sección de ese campo y, como tal, un pedazo de la realidad meta-física tanto como de la ética.

Koffka⁷¹ ha demostrado que la última nota de una melodía contiene, en cierta forma, toda la melodía, debido al principio de buena continuación. Así, pues, la naturaleza es una gran sinfonía cuyo último acorde es, por el momento, el hombre. En el hombre se encuentra presente toda la melodía,

⁶⁹ *Creative Evolution*, p. 267.

⁷⁰ Cf. *Faust II*, última Escena, Coro de los Niños Benditos:

Wir wurden früh entfernt

Von Lebechoren;

Doch dieser hat gelernt,

Er wird uns lehren.

(Temprano se nos sacó / De donde la Vida podía alcanzarnos; / Pero él aprendió y probó / Y él nos enseñará.)

⁷¹ *Principles of Gestalt Psychology*, Nueva York, 1935, pp. 432 ss.

no como producto terminado, no tanto históricamente como encarnación de la memoria de la naturaleza, sino sobre todo potencialmente, a medida que la tensión continúa en más desarrollos armónicos. "Siguiendo a la Naturaleza —dijo Rodin— uno lo obtiene todo. Cuando tengo de modelo el cuerpo de una mujer bella, los dibujos que hago de él me dan también cuadros de insectos, pájaros y peces. Parece increíble y yo no lo sabía hasta que lo descubrí." ⁷² Siguiendo a la naturaleza, obtendremos no sólo el pasado, sino también el futuro. El hombre, como producto de la evolución creadora, no sólo debe mirar hacia atrás y contentarse con su "supervivencia", sino que debe continuar y edificar para sí mismo ese nuevo medio ambiente "en el cual el hombre civilizado encuentra su verdadero hogar, un reino de verdad, belleza, bondad, trabajo creador y risa. El hombre limpia eternamente la jungla que fue su primer hogar al comienzo, a fin de construir una ciudad en la cual esté a salvo para estudiar la verdad, formar y adorar formas de belleza, amar y construir grandes obras". ⁷³ La evolución, que conduce a la criatura anticipadora y planificadora que sigue ideas e ideales con preferencia al aguijón de los sentidos, no puede ser un accidente, estas esferas superiores no pueden ser lujos superfluos de la vida, por el contrario, tienen que "contener la clave de un conocimiento y una comprensión más verdaderos de todo el proceso evolutivo. Es imposible resistir la conclusión de que la evolución es la expresión de alguna fuerza que no está conforme con lograr meramente la supervivencia y la adaptación de sus criaturas, sino que parece más bien empeñada en complicarse a sí misma de una manera cada vez más peligrosa en el afán de evolucionar formas de vida más y más superiores que tengan sus propios fines intrínsecos". ⁷⁴ Estas formas superiores evolucionarán y alcanzarán sus fines. Parece increíble y no lo sabremos hasta que lo hayamos descubierto, pero el potencial ético en nosotros nos conduce a nuestro destino de manera tan segura como lo hizo con el joven Goethe de *Dichtung und Wahrheit* la sensación de sus potencialidades.

Así, pues, hemos contestado implícitamente la pregunta que nos propusimos contestar al comienzo de esta sección: ¿Cómo se ha de llegar a los principios éticos y cómo podemos estar seguros de que se trata de ellos? Se llega a ellos siguiendo a la naturaleza, y podemos estar seguros de que se trata de ellos en la medida y hasta donde llevamos la naturaleza dentro de nosotros mismos y estemos conscientes de nuestro patrimonio y destino.

ROBERT S. HARTMAN

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

⁷² *The Sculptures of Auguste Rodin*, Phaidon Edition, Nueva York, 1939, pp. 15 s.

⁷³ Roberts, *op. cit.*, pp. 106 s.

⁷⁴ Urban, *Fundamentals of Ethics*, p. 107.